



Gregorio B. Mendoza

Fotos: Marcos Betanzos

La celosía de



La Tallera, como ahora se le conoce fue quizá, el primer taller destinado al muralismo en el mundo. “Un taller –decía David Alfaro Siqueiros– grande, inmenso, lleno de máquinas, con andamios móviles, con laboratorios para probar la química y la durabilidad de los colores, con materiales plásticos en abundancia, sin el sufrimiento de la limitación, con un departamento de fotografía, con cámaras filmicas, con todo, todo lo que necesita un pintor muralista, hasta con los elementos y accesorios para penetrar en el escabroso campo de la dinámica de los colores y la relatividad de las formas geométricas en el espacio activo”. Ese espacio para el artista era algo así como un inmenso granero, con luz cenital, pero sin puertas, abierto y por el cual había que entrar a través de un túnel, una metáfora física de todo lo que podía encontrarse ahí. Su construcción lograda finalmente en 1965 en el número 52 de la calle Venus en la colonia Jardines de Cuernavaca, en la ciudad de Cuernavaca, Morelos fue en palabras del propio Siqueiros la ambición materializada de “llevar a la

Siqueiros

realidad una idea que desde 1920 tenía con Diego Rivera; es decir, la creación de un verdadero taller de muralismo donde se ensayaran y aprendieran con maestros locales y artistas jóvenes nuevas técnicas de pintura, materiales, aspectos geométricos, perspectivas, etc.”

Así, en una superficie de 500 m² fue levantada la construcción original con una altura de 8 metros, ésta abarcaba sólo la mitad del terreno, poseía inmensos muros con ventanales hacia el sur y todo el lado norte abierto, dejando libre la otra parte del patio para la circulación del aire y el más amplio campo visual.

Su forma es una especie de gran rectángulo a primera vista,

tiene 23 metros de largo; la parte más larga del taller mide de extremo a extremo 33 metros. Da la sensación en su conjunto de un foro. El techo se componía originalmente de una estructura de hierro cubierta de asbesto-cemento. Incorporaba en esa zona, largos rieles por donde corrían potentes grúas eléctricas, de cuyas cadenas pendían los grandes paneles de asbesto –que ahora forman el exterior del Polyforum–. Esta idea surgió de Siqueiros con el objetivo de no tener que usar andamios y facilitar la cotidianidad de su trabajo.

Era una idea visionaria para su tiempo, las grúas para la movilización de los paneles mencionados

pesan 500 kg cada una y debajo de los rieles se encuentran los canales con profundidad de dos metros y 60 cm de ancho por los cuales habían de descender dichos paneles. En total se usaban 12 grúas, 4 eléctricas y 8 mecánicas. Y se bautizó como la Tallera porque además de la admiración femenina, el maestro Siqueiros consideraba dicho taller como una fábrica que “daba a luz” cuadros de grandes proporciones. Al lado de este gran espacio de carácter industrial se encuentra la que fuera casa del artista en los últimos años de su vida.

El espacio fue paulatinamente olvidado y subutilizado. En 1986 se abrió como museo y en el 37 aniversario luctuoso del muralista se



formalizó el anuncio por parte del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) para intervenirlo. Objeto de una interesante inquietud de revitalizarlo y devolverlo a la comunidad artística nacional pero sobre todo a la comunidad del estado, ávida de vincularse con propuestas artísticas y los mensajes que éstas puedan construir en beneficio de la reconstrucción de un tejido social quebrantado por la violencia y la indiferencia, la oportunidad de renovarse llegó en 2009 y después se concretó de manera más amplia en 2011 cuando se convocó a un concurso de diseño arquitectónico por invitación del cual resultó ganadora por unanimidad la propuesta de la arquitecta Frida Escobedo.

Intervenir y reinterpretar

El proyecto integral de intervención y rescate de los murales requirió de más de treinta meses de trabajo y una cantidad mayor a 50 millones de pesos (mdp) invertidos de la siguiente manera: 5 millones para la realización de estudios previos y diagnóstico del conjunto (La Tallera y la casa estudio); 28 mdp para la obra pública necesaria provenientes del gobierno del estado, el INBA y la Secretaría de Turismo; 15 mdp para la restauración y traslado de murales que se llevaron al sitio; 4.5 mdp más para el equipamiento, mobiliario, rehabilitación de oficinas y exhibiciones.

La propuesta, inaugurada el 20 de septiembre de 2012 por Felipe Calderón, la entonces ex titular del Instituto Nacional de Bellas Artes Lic. Teresa Vicencio, Taiyana Pimentel Paradoa, directora de la Sala de Arte Público Siqueiros, y la entonces titular del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes Consuelo Sáizar fue recibida entre amplios reconocimientos por ha-

Datos de interés

Nombre del proyecto: La Tallera Siqueiros

Ubicación: Cuernavaca, Morelos

Diseño Arquitectónico: Frida Escobedo

Proyecto Ejecutivo: Buscando la Aurora
(Héctor de la Peña + Carlos Coronel)

Museografía: Isaac Broid y
Museográfica, S.C.

(Jorge Agostoni y Marco
Barrera Bassols)





berse convertido en un nuevo espacio que contempla una renovada área de exhibiciones, talleres para distintas edades, biblioteca, centro de documentación, cafetería, área de trabajo y un proyecto internacional de residencias para artistas, críticos y académicos interesados en lo que ha ocurrido en Cuernavaca en el siglo XX y XXI que aún está en proceso de consolidación.

El trabajo de Frida Escobedo consistió en lograr que se unificara un diálogo público en torno a un edificio hermético y que finalmente comenzara a verse como un espacio común que se extiende hasta la plaza jardín que lleva el nombre de Siqueiros. Por esto mismo, este edificio se abre ahora con un gran

patio de acceso con una pendiente sutil donde los protagonistas del espacio son un par de murales concebidos originalmente para estar al exterior y que con su nueva posición funcionan como vínculo visual y programático con la plaza, al contener la cafetería, librería y tienda del museo; y a la vez separan la residencia para artistas.

De acuerdo a Frida Escobedo "al rotar los murales se ponen en juego los elementos simbólicos de la sintaxis arquitectónica de la fachada –considerando la condición de poliangularidad en la obra de Siqueiros– que cambia la habitual relación entre la galería y el visitante. Al igual que el exterior, el espacio museográfico interno

se desdobra y genera nuevos vínculos espaciales. La distribución de estos espacios como juego de planos en muros y murales se devela al cruzar una celosía perimetral que delimita el contexto urbano; un gesto constructivo que puede por momentos llegar a ser considerada una pieza escultórica horizontal que resguarda la obra de Siqueiros.

El programa arquitectónico ahora habilitado se configura por: 253 m² de oficinas; una plaza de acceso de 767 m²; sala principal del museo de 447 m²; 83 m² cafetería; adicionalmente la zona de servicios y jardines así como 476 m² de residencias artísticas (la antigua casa de Siqueiros).

Nuevo lenguaje

La arquitectura del nuevo edificio posee gestos sencillos en su concepción constructiva así como en su pretensión material. Haciendo uso del concreto en los elementos como son el patio de acceso (concreto lavado con agregados expuestos), el piso de las galerías (concreto con aplanado fino) y las losas de entrepiso o la estructura principal en concreto aparente, el diseño del espacio da prioridad al contenido y a la remembranza histórica de la función original. Al mismo tiempo deja clara la lección de equilibrar diversos sistemas constructivos y de dotar de cualidades extraordinarias materiales como las celosías de cemento triangular para configurar una atmósfera peculiar colmada de luces y sombras.

La sofisticación de la obra se concentra en la mano de obra, la calidad constructiva y el rescate de elementos de la cultura popular en espacios destinados para el arte. Lo hace no sin cierta evocación nostálgica por el pasado pero también con un cierto grado de simplicidad que parece hace aún más anónimo al autor de la intervención para darle mayor protagonismo a quien concibió ese espacio como un lugar de vanguardia.

Las cajas que se encuentran ahora poseen ese color gris del cemento pero nunca se vuelven monótonas o deprimentes. Construidas con una primera piel de blocks de cemento y recubiertas por una segunda de celosías, estas cajas exaltan la textura del concreto y su fortaleza siendo empleadas en una escala mayor, como corresponde a un edificio institucional con carácter público.

De la mano de la arquitectura del paisaje, la orientación y la presencia de perfiles estructurales en



color negro, todo espacio interior se vuelve una zona de interesante transición de luz y sonidos que en algunos casos representa la posibilidad de observar con detenimiento lo que sucede adentro, una metáfora del espacio público contenido en un edificio arquitectónico. El contraste entre la segunda piel traslúcida y la pulcritud en blanco de las galerías herméticas que protegen adecuadamente la obra artística exhibida.

El cemento y el concreto son aquí, estructura y acabado; un

lenguaje peculiar que se convierte por momentos en mobiliario y en pasadizo. Ventanas que parecen caleidoscopios, que determinan espacios y multiplican visuales. El mejor sistema para comunicar el pasado con un presente que culturalmente tiene mucho más por construir. Alejado de la concepción de que el concreto es materia siempre sólida, aquí el ingenio popular parece expandir las virtudes de su materialidad desde el aspecto más humano posible al construir: la mano de obra. **C**

